

COSQUILLAS



UNA DUDA, por Demetrio.

—La verdad es que no sé qué pensar del apocamiento de mi esposo... o de mi poco apocamiento...

30 céntimos



He aquí, lector amadísimo, las tres gracias de cuyos cuerpos juncales no se veía en el número extraordinario más que la mitad inferior. (Bueno, eso de inferior es una idiotéz en este caso.) No creo que tenga que esforzarme en que comprendáis el comentario que voy a hacer a estas divinidades paganas. Yo creo que tiene cada una más de once kilos de fruta.

Vuestro hasta el desvanecimiento,

INCÓRDIEZ.

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

EDITORIAL 1927

Martin de los Heros, 65

Toda la correspondencia al apartado 8.032

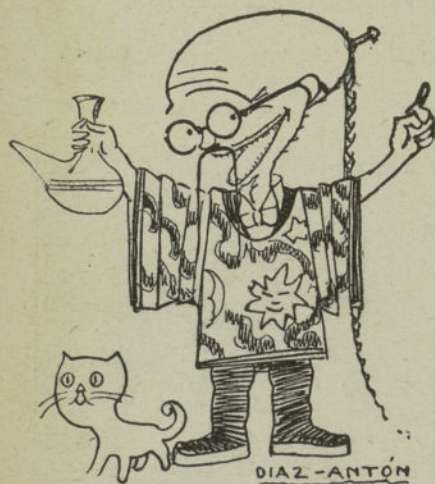
Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 21 de Mayo de 1927

Núm. 34



FE DE ERRATAS

por

“El Chino desconocido”

Voy a hacer la rectificación, porque merece la pena. (Pena, pena; compañero cajista; pena, pe... na. No vaya a poner una letra por otra y tenga yo que sentir.)

En el número anterior, extraordinario de Primavera, que se ha vendido como si fueran entradas a peseta para ver torear a Belmonte, decía mi entrañable amigo Incórdiez en su *charla*. (¡Que le quiero yo a Incórdiez!), que si la Primavera le sentaba bien, que si patatín que si patatán. Bueno, presumía de voluptuoso más que un guardameta después del quinto parón. Algunas de las cosas que decía, no se las puede discutir, porque me consta que son la verdadera tía Javiera en punto a verdad.

¡Pero a lo que me agita al hacer esta aclaración!

Entre las dos o tres erratas, con que involuntariamente se matizó la *charla* de nuestro director, había una que no hay más remedio que destapar, que es como sigue:

Incórdiez decía que en Primavera, en esta época del año en que el templado ambiente, el perfume de las flores y el aleve indumento femenino le ponen en las mejores condiciones para disfrutar de lo mejor de ésta vida. Y decía, además (aquí de la errata), que esta época en que los burros de los traperos empiezan a necesitar un *biombo*. Y en vez de un *biombo* decía un *burrito*.

Regalo a nuestros suscriptores

Ante las dificultades que para nuestra administración supondría el canje de cupones, etc., hemos acordado regalar los originales de las portadas de COSQUILLAS, entre nuestros suscriptores semestrales, para lo cual señalaremos un número fijo de orden a cada uno de ellos.

El sorteo de los originales del presente mes lo verificaremos entre los actuales suscriptores y los nuevos que nos envíen el importe de la suscripción antes del 29 del actual.

Precios de suscripción, España: Semestre, ocho pesetas; Año, 15; Apartado de Correos 8.032.

Al público y a los Corresponsales

LA EDITORIAL 1927 pondrá a la venta en la presente semana el primer número de la «Biblioteca de Cosquillas», publicación quincenal, al precio de 30 céntimos ejemplar. El primer número contendrá «Los mejores Consejos de Díaz-Antón», con un prólogo de Incórdiez. Sugestiva portada de «Demetrio».

¡La risa más barata! ¡Los mejores «Consejos» de Díaz-Antón por 30 céntimos.

«Biblioteca de Cosquillas». 30 céntimos





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

Lo que quieren las chinas.

¡No comprendo a las chinas! Vivían, las pobres, lamentablemente, punto menos que en estado de servidumbre, hace algunos años, y ahora que se les ofrece la oportunidad de libertarse se atan de pies y manos para seguir siendo esclavas, sin personalidad y sin derecho alguno. He interrogado para documentarme a uno de esos celestes, que venden baratijas por las calles de Madrid y me ha corroborado, en todo, mis informaciones. Antes de la revolución las chinas empezaban a padecer desde bien pequeñas: desde que las mutilaban los pies so color de embellecerlas aunque con el secreto designio de que no pudieran salir de sus casas. Los chinos, como los mahometanos, como tantas otras sectas religiosas y tantas otras razas, estimaban que la mujer es tan sólo un objeto, propiedad, primero, de los padres, más tarde, del esposo. Útiles para la procreación en lo que las duraban los encantos físicos, pasaban, una vez jubiladas, a ser unas sirvientes baratitas. ¡Su dueño, en tanto, "concubineaba" de lo lindo!

He aquí que la llegada de los europeos a las concesiones de Shanghai las puso en el camino de la dicha. Los europeos—gentes comprensivas—, las hicieron saber que en Occidente la mujer es dueña de sus destinos; que las hay que dominan a los hombres; que hasta pueden llegar a concejalas...

—¿Concejalas?... ¿Qué es eso?— preguntaron...

—Mandarinas: un porvenir risueño...

—¿Mandarinas?... ¡Naranjas!... ¡No es posible!...

Se avinieron a alternar con los blancos y alguna llegó incluso a dar de lado a sus kimonos para enfundarse en trajes corte-pastre y a calarse un chapeo con un pájaro muerto. Los chinos las tiraban piedras.

Ello es que las chinitas medio se europeizaban y que, al tropezarse con una china en mitad de la calle, le daban a uno ganas de cojerla y llevársela a casa.

Peró, de pronto, los revolucionarios la toman con los occidentales y se proponen verse libres de ingleses. A nosotros, la verdad, nos parecía de perlas el proyecto. Verse libre de ingleses es una aspiración repampanuda. Soportarlos era cosa de chinos. Y si los ingleses, en trance de abandonar Shanghai, se traían para Europa a las chinitas, convenciéndolas de que quedarse allí era volver a los pies en tortura y a limpiar los palillos del arroz y a lavar calzoncillos y otras cosas, el plan se completaba... ¡Los cantos a las chinas comenzaban a rodar en las mentes de nuestros poetas! Las veíamos ya aquí, en Madrid, arrimaditas a la pared, ofreciéndolo todo por "tles peletas" y guiñando los ojos. Contábamos con una pekinesa que se llamaría, por ejemplo: "Flor de loto", para hacernos el arroz de los domingos en vez de la Ruperta que hoy nos

guisa. Nos parecía tenerlas a la vera, haciendo sus ingenuas chinadas, tan distintas a las co-chinadas que nos hacen las otras...

Y, cuando nos rezumábamos de gusto, nos dicen que las chinas se quedan con los chinos y forman en las filas de los nacionalistas en contra de los europeos...

¡Nuestro gozo en un pozo! Es el fracaso de la diplomacia. Es que los embajadores no entienden el asunto. Las chinas se alzan contra los embajadores. Quieren algo más práctico, menos suave, más enérgico.

Quieren lo que las dan los chinos, aunque luego, al ser viejas, las monden a estacazos...

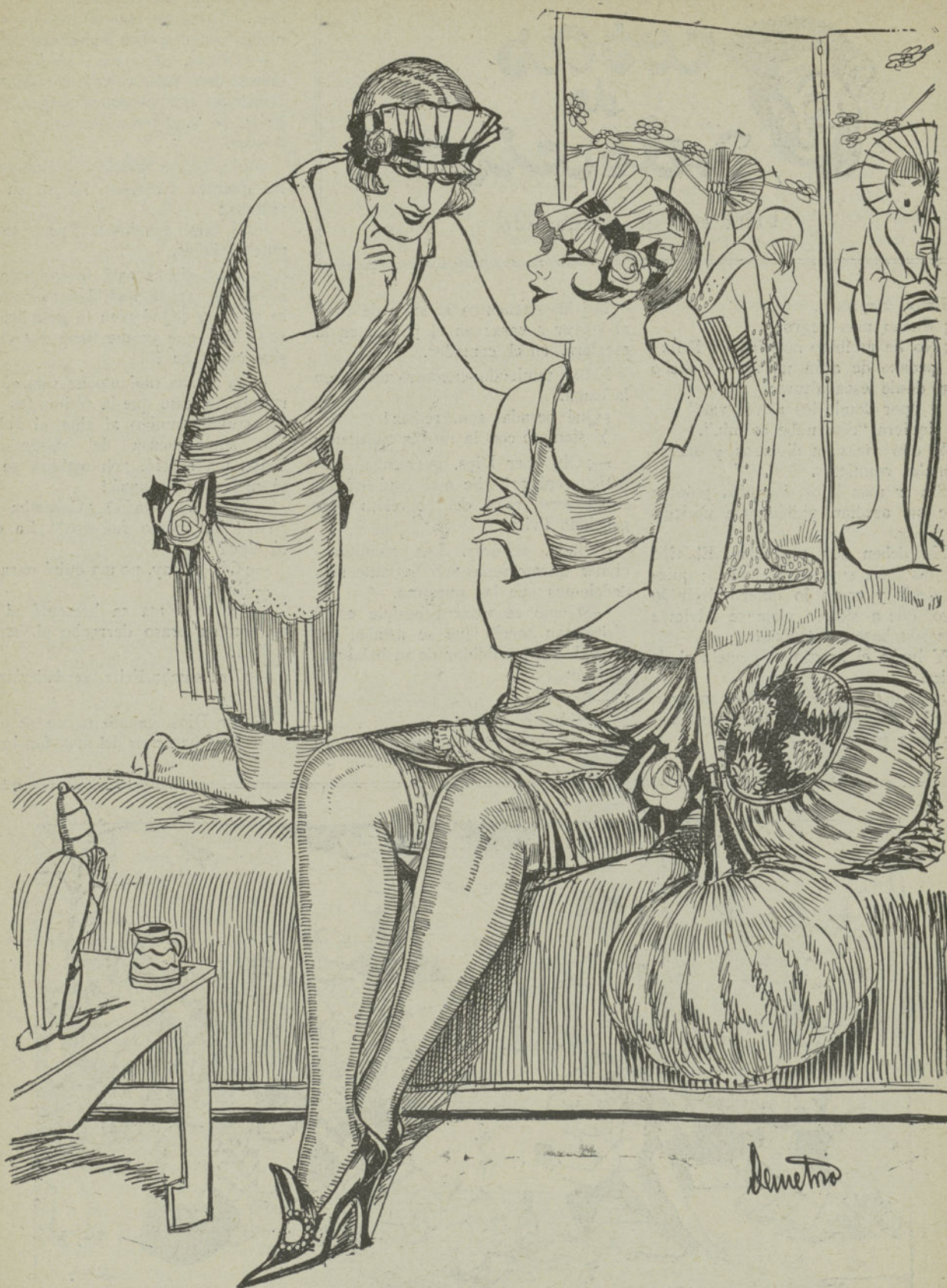
LEOPOLDO BEJARANO.



—¡Pobre perrito; como tarde mucho en venir ese, nos vamos a tutear!


Dib. de Goñi.

Lean en la Biblioteca de COSQUILLAS, "Los mejores consejos de Diaz-Antón", 30 céntimos. Apartado 8.032



LO MAS PROBABLE, por Demetrio.

—¿Tú crees que el señor duque nos despedirá si se entera de nuestros juegos con los cocheros?
—No creo que nos despida: Lo que si puede ocurrir es que quiera tomar cartas en el juego.



Cosas de Belorcio

Fritz se está hinchando

Estoy negro.
¡Mucho más negro!
¡No he recibido noticias de Fritz!
El pedazo de atún no me ha dicho
aún desde esas alturas

“por donde los astros van”
ni siquiera “esta nube es mía”.

¡Ello me crea diversos y sensacionales conflictos.

Sin ir más lejos, hay dos señoras que me asedian pidiéndome noticias de Fritz.

No deben ser españolas. El tipo me las hace suponer alemanas; quiero decir y como lo quiero decir lo digo, que a simple vista se advierte que son bastante *teutonas*.

Y luego el acento es gemelo al de Fritz.

¿He dicho gemelo? Pues pongan ustedes *prismático*. No he visto acentos más parecidos.

Me las encuentro al salir de casa, al volver a casa; en el portal, en la escalera, en el comedor.

Estoy temiendo encontrármelas en la cama.

¡Qué pesadas son, rediez!

Y siempre con la misma cantilena:

—¡Oh, borr Dios, garramba, sim-batico seniorr! ¿Se está osté todafía sin sapersse nara del bobresito des-grasiado Fritz?

—Nada, señoras. Las comunicaciones ultraterrenas son bastante más deficientes que las nuestras.

—¿Gomo se estarrá bosiple esto? Fritz, tan serrio que se astaba, tan formal, tan gumblidor de su balabrra, tan, tan...

—Las dos.

—¿Gómo?

—Las dos... tienen ustedes tanto

interés, que sobreexcitan mi curiosidad. ¿Tuvieron ustedes acaso, relaciones con el pobre Fritz?

—¡Oh, sí, carramba! Berro no se biense osté mal, capallero. Nuestras relaciones con el bobre desafortunado Fritz, se astufieron burramente blatónicas.

—¡Sa astaba delicioso gontando de los güentos atrevidos, oh sí, sí, garramba!

—Sí, era graciosete; pero metía muchas bolas.

—¡Oh!, sí; sa astá ferdad esto.

—Bues, ¿y su hafilidad marrafillosa al sine? ¡Qué pien lo gontaba toro! ¡Y lo que yo me tiene gosado al sine cunto de él!

—Sa astaba moi mocho salaro, garramba. Y esto que la última fes que se astuvo conmigo al sine, el bobresito sinpergüensa del dasgrasiado Fritz, ma astafó, ¡oh maldito se esté su honoraple papá!

—¿Qué la estafó? ¡Caramba con Fritz! Y, ¿cómo fué eso? ¿La quitó algo?

—¡Oh, garray, no ma quitó nara!...

—Entonces.

—Antonses ma sa bresentó al sine con su praso derrecho al capestrillo...

—¡Era mucho Fritz, verdaderamente!

—Bor Dios, capallero, no se olpide osté de hasernos del afiso tan bron-



INSTANTANEA, POR BELLÓN

to como sa tenga de las notisias del bobresito Fritz.

—Así lo haré, estén ustedes tranquilas.

Y así un día y otro. Y el sinvergüenza de Fritz, sin enviar noticias...

¡¡ Por fin!!

Fué anoche.

Estaba yo en casa de Patro, una planchadora que me sirve, pero que me sirve como los ángeles desde hace un mes.

Patro se dedicaba a estirarme una camisa y, de pronto, se le ocurrió darme:

—Oye, Belorcio, ¿por qué no montas la radio mientras te estiro esta camisola?

Yo, que no sé negarme a nada, accedí. Cogí la estación y mientras Patro hacía lo mismo con la camisola.

Y para sintonizar y conectar a modo, me coloqué los auriculares.

De momento sentí únicamente el carraspeo del alambrito al rozar la galena; más tarde, sentí el zumbido indicador de que la estación funciona. Y después sentí... haber montado la estación.

Fué un zumbido de espanto seguido de una serie de descargas lejanas... Y una voz, ¡ su voz!, ¡ la voz de Fritz, que carraspeaba!:

—¡ E. A. J. D. T. 69! ¡ Radio-Utratumba!

¡ Qué emoción! Apreté con fuerza los auriculares y seguí escuchando.

—¡ Aquí Fritz, garramba! ¡ Ma ha distraído un ratito borque sinco kilómetros antes del Burgatorrio ma ha angontrado gon el alma de Nicanorra, una móquersita que yo gonosí a la tierra. “¿ A ronde fas, mi alma?” —la dique. “Ya me fes—gontestó—, t! sielo”. “¿ Y no te quieres asperrar gonnmigo un ratito aquí a la Fía Láctea?” “Y, ¿ borqué ha de ser a la Fía Láctea, amado Fritz?” “Borque astoy a régimen, bresiosa...” No ta digo más, Pelorsio. Llefamos quince días de gostelasión a gostelasión. Nos subimos a las siete Caprillas y andan las siete Caprillas y nos difertimos. Trepamos a la Osa Mayor y anda la Osa... ¡ y anda la Osa si nos fieseis los bobresitos idiotas de los mortales! No te quiero desir nara más sino que anoche le dije a Nicanorra güando astábamos dándonos de las folterretas sobre una nube: “Barrese que ya no te tienes de la brisa bor llegar al sielo, latrona.” Y ella, poniéndose un

mohín bresioso a su boquita ma soltó un suspiro que sa corrió una estrella y una dijo, dise “¡ Es que astando contigo, granuja de hompre, ma estoy ya en la gloria!...”

BELORCIO.

A LOS CORRESPONSALES DE “COSQUILLAS”

TODA LA CORRESPONDENCIA AL APARTADO

— 8.032 —

Madras de guerra

Las solicitan:

Salvador Also Forcadell, Domingo Beltrán Barberá, Mariano Comas García, Francisco Campos Bueso, Bernardo Marchs Cerdá, Petronilo Pozo Fernández, Francisco Ortega de los Santos y Mariano Padrós Farré, del regimiento mixto de Artillería de Larache, sexta batería de montaña, T'Zenin.



LA MACETA ASESINA, por Montero Bosch.

—¡ Y será capás de tirársela!...



Charlas de Incórdiez

Cosas de mi tía la tartamuda.

Mi bellissima tía *la tartaja*, como yo la llamo con gran regocijo suyo, además de una escultural mujer que cada año le añade un incentivo, es una narradora de cuentos y chascarrillos, que se recuesta uno de gusto al oírla. Ya he dicho que yo poseo la facultad de hacerla hablar claro, pero ya me va pesando; no porque no me guste el medio que empleo para quitarle los baches oratorios. ¡Por Juno que me enajena la operación!; pero es que yo... ya..., ¡bueno, ya me entienden ustedes! ¿Que no? ¿Que me explique? Bueno, me explicaré; pero que conste que ustedes tendrán la culpa del capón que me van a dar.

Yo ya no estoy para quitarle a mi tía la tartamudez más que cada cuarenta y ocho horas; y ella quiere hablar claro todos los días, de cuatro a nueve.

Volviendo al gracejo de mi estupenda tía, para contar chascarrillos, voy a colocarles a ustedes con el *malage* que acostumbro, lo que ella ayer me relató con el encanto que pone en su conversación (¡Huy, qué tía más rica!). Me contó que hace pocos días tuvo ocasión de convencerse, con una prueba categórica que la casualidad le deparó, que nada hay tan engañoso como las apariencias y que no se puede juzgar a nadie por la silueta que dé, según la ocasión.

—Hace ya bastantes días—me dijo—que pasaba con frecuencia por

frente a mi balcón entresuelo, un hombre de la más ridícula pintura que pueda imaginar un caricaturista de tragedias: flacucho, esmirriado, de menguada talla y deplorable continente. ¡Qué desgraciado!, decía yo, que acabé por fijarme en él. Tal vez no tenga ni nombre siquiera. Habrá nacido en el arroyo, y el arroyo se lo comerá después de que arrastre una vida miserable, depauperado por el hambre, sin que haya conocido el amor. ¡Porque hay que ver su físico, querido Incórdiez! Porque... ¿Cómo? ¿Me comprendes? Así es que yo, juzgando por las apariencias había bautizado al desdichado con el despectivo y cruel nombre de *Pingajos*; así me parecería a mí que estaba hecho todo él, de pingajos de carne acartonada y de pingajos de nervios como deshilachados. Pero hace dos días que la casualidad, como te dije antes, me anonadó con una de sus bromas: salí

de casa para hacer unas compras, y cuando llegaba a esa esquina que forma la valla del solar, vi de reojo cómo el hombre *pingajo*, de pie, encorvado más que de costumbre cara a la valla, efectuaba una penitencia necesidad. De no haber sido aquel ente que tanto había fijado mi atención, hubiera apartado mi vista rápidamente; pero mi curiosidad, mi deseo de comprobar de *visu* lo que en mi imaginación había supuesto, me hizo seguir mirando conforme avanzaba hacia él; y..., ¡querido Incórdiez, y cuán falsas son las apariencias! Aquel pingajo de hombre, envuelto en sus caídos pantalones y en su grasienta y deformada americana, aquel ente al que yo había denominado *hombre pingajo*, por creer que carecería de nombre, podía llamarse como se llamara el que más.

Vuestro hasta el puente levadizo,

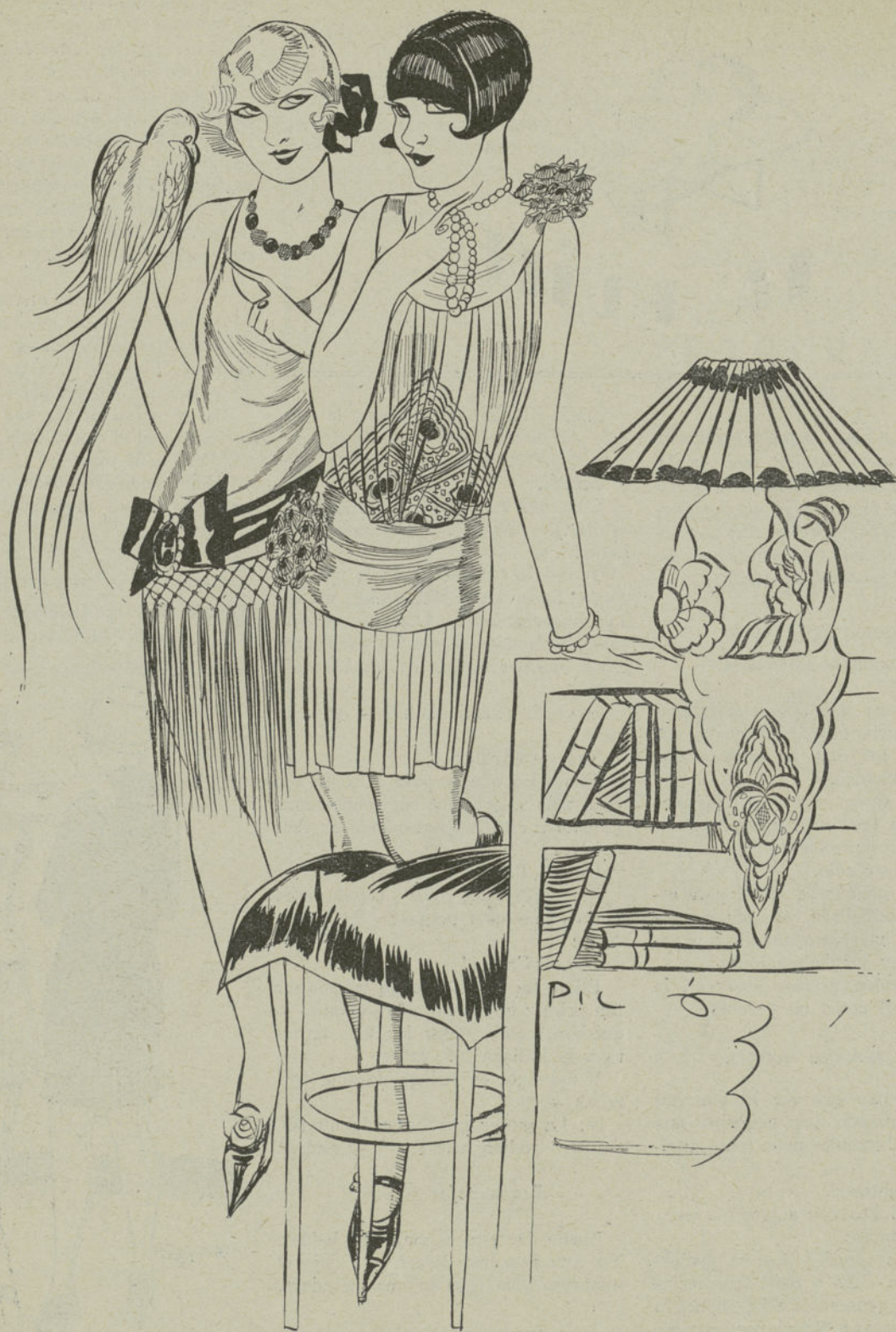
INCÓRDIEZ.



—¿Desea algo la señorita?

—Pero como si no, porque me tengo que aguantar...

Dib. de Santaballa.



—Oye; ten cuidado con el papagallo, porque cuenta todo lo que ve.
 —Ya me lo figuraba y le estoy haciendo una funda a la jaula.

Dib. de Picó.



AVISO

Yo no quiero hablar mal de la mujer; Dios me libre. Pero tampoco puedo hablar bien, y digo que no puedo hablar bien, porque desde anoche tengo una ronquera que me tiene hecho consumé de fonda.

DEFINICION DE LA MUJER

Sus ventajas materiales.

La mujer es una cosa con bragas que sirve para ocupar el cuarto de baño todos los días de once a dos menos veinticinco.

También sirve para regar las macetas y para encontrar siempre polvo encima de los muebles.

Y no es esto sólo.

Algunas, además de servir para estas cosas utilísimas, se dan mucha maña para hacer empanadillas y para desesterar las habitaciones.

Como pueden ustedes observar, la mujer es útil como un perchero.

Sus ventajas morales.

Y luego hay que ver lo que nos consuelan cuando los negocios nos van mal o cuando tiene uno anginas.

¡Es asombroso!

Ya verán. Les voy a poner a ustedes un ejemplo:

Uno.—¡Es inútil! Le he pedido diez duros a Paco y me ha contestado con una grosería. Le he suplicado cuarenta pesetas a Rodríguez, y como si se las pidiese a un velador. Le he rogado a Julián que me prestase siete y se ha hecho el sueco, y se las he pedido a Martínez...

Ella.—¿Y también se ha hecho el sueco?

Uno.—No. Ese se ha hecho la cusi, porque me las ha dado. Pero, figúrate, ¿qué hacemos nosotros con siete beatas?

Ella (que ha visto muchos sainetes idiotas).—¡Cómo no recemos el rosario!...

Uno.—No bromees, Carola, que no está el horno para Magdalenas ni para Encarnaciones. *(Esta estupidez también la dice de resultas de haber visto algunos de los susodichos sainetes.)*

Ella.—Si trabajases no te pasaría eso.

Uno.—¡Carola!...

Ella.—Lo que te pasa a ti es que eres más vagón que un coche-cama. *(También esto es el resultado de esos sainetes.)*

Uno.—¡Pero si no me sale nada!

Ella.—¡Ay, qué rico! ¿Y todos esos granos que usufructúas? *(Esto también.)*

Uno.—¡Carola!

Ella.—La culpa la tengo yo por ser tan prima; que si mi cuerpo bonito lo quisiera, comía todos los días ternera a la italiana. *(Y esto.)*

Y así sigue el diálogo durante tres horas y pico.

Sí. La mujer nos consuela mucho. ¡Pero podían consolar a su padre!

Sus ventajas físicas.

Bueno. De esto es mejor no hablar. Yo, ante esto, me descubro, y dejo el sombrero y la ropa en una mecedora.

LA MUJER SEGUN LA EDAD

A los catorce años.

Están muy monas, pero son insoportables.

Tienen una amiguita íntima que sue-

le llamarse Pilarín y se pasan el día hablando cosas idiotas.

Además, tienen una muñeca a la que hacen unos trajes muy feos.

A los dieciséis.

A esta edad tienen un novio que se llama Pepe, del que no se dejan tocar ni los imperdibles, y dicen a sus amigas que le quieren de una forma que sin él ya no podrían vivir.

Y agregan que ellas saben mucho de la vida, y que su amiga Pilarín es una birria con sostén.

A los veinte.

A los veinte tienen un novio que se llama Roberto, y dicen que lo de Pepe fue una chiquillada

Ya se dejan frotar las manos, y se besan con el novio cada media hora. Pero nada más.

Y dicen con frecuencia que su amiga Pilarín está monísima y es muy simpática.

TODA LA CORRESPONDENCIA AL APARTADO 8.032



—¿Sabes con quién iba anoche tu marido?

—¿...?

—Connmigo.

Dib. Montero Bosch.

Luego comunican a todas sus amistades que son muy sentimentales, y tienen estas conversaciones con Roberto:

Ella.—¿Cómo me gusta la Moncloa!

El.—Y a mí.

Ella.—También me gusta mucho el Parque del Oeste.

El.—Sí. Es muy bonito.

Ella.—¿Y el Retiro, te gusta a ti?

El.—Mucho, mucho.

Ella.—Tiene unos paseos preciosos.

El.—Sí, es verdad.

Ella.—Y la Cibeles también me encanta. Yo soy muy romántica.

Sí.

Es cierto.

A esa edad son unas sentimentales.

A los veintidós.

Han dejado a Roberto y tienen relaciones con un muchacho que se llama Fernando.

Los besos, en vez de ser cada dos horas, son de diez en diez minutos.

Empiezan a conocer al detalle la anatomía de los individuos.

Pero aseguran que están enamoradas de Fernando con delirio, y que sin su amor se morirían.

Suelen hablar muy mal de Pilarín, y tocar el piano desafinando mucho.

Se empiezan a asomar con gran frecuencia a los balcones, y saber todo lo que pasa en la vecindad.

A los veinticinco.

A esta edad tienen otro novio que se llama Luis, y se dan cada mus que tiembla el mundo.

Y le dicen palabras como éstas de extrañas:

Pichichi.

Pichirichi.

Pilili.

Pirraquillas.

Chatín; y

Muñequillo.

Empiezan a aprender a freír huevos, y no hablan para nada de su amiga Pilarín.

A los veintisiete.

A los veintisiete tiene otro novio que se llama Enrique y lo adelgazan de una forma que mete espanto.

En su casa han suprimido las patas de las sillas y las botellas.

Le dan ataques con mucha frecuencia.

Pilarín se ha casado y dicen que es una cotorra con medias de tres pesetas.

A los veintisiete y ocho meses.

Se han entregado a un fulano que se llama Ubaldo, y cantan todos los números del "El sobre verde".

Siguen tocando el piano muy mal, y ya saben freír los huevos.

En su casa han vuelto a dejar las sillas, botellas, etc.

A los veintiocho.

A los veintiocho se casan con un individuo que tiene cara de primo y que se llama Rafael y le dicen que él ha sido su primer amor y que son tan castas que no conocen de los hombres más que los flexibles.

Se han olvidado por completo de freír los huevos y han pegado dos veces a Pilarín en la calle.

Empiezan a acordarse de Pepe, que era muy buen chico; de Enrique, que era muy simpático, y de Luis, que era guapísimo.

A los treinta y cinco.

Tienen un niño de su marido, otro de Luis, otro de Enrique y dos de Pepe.

Saben hacer muy bien la salsa a la mayonesa y tienen una amistad íntima con Pilarín.

A los cincuenta y ocho.

A esta edad que las frían un almuz.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)

**FOTOGRAFÍAS
SELECTAS: RARAS
Hermosas colecciones
10 pesetas en sellos de Correos o giro.
Escribid a **Excelsior**, Poste Res-
tante Central.
BORDEAUX (Francia)**



Filosofía barata

Hay frases que son una paradoja. Por ejemplo: cuando un cazador dice enfático: "Tengo una puntería, que donde pongo el ojo pongo la bala", porque ¿qué sucedería si ocurriese al revés, y donde pone la bala pusiese el ojo?

El vino es la hipertrofia de la humanidad. Debe huirse de él como de un apestado, pero... no debe decirse nunca "de este agua no beberé..."

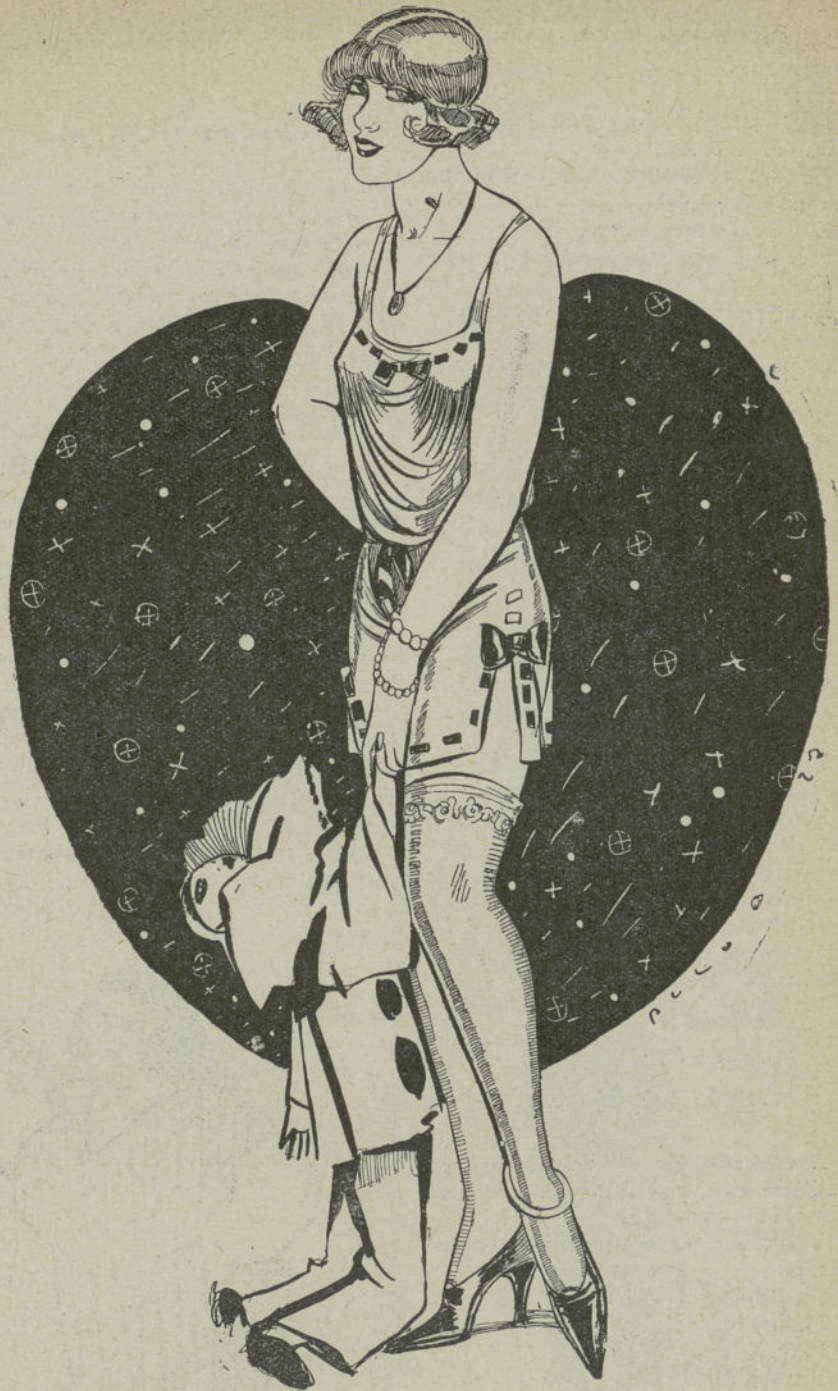
Un hombre que para epatarnos nos muestra sus brillantes, nos insulta. Si la humanidad fuese consciente de sus derechos debiera obligarle a que nos *lanzase un insulto* de esos cada media hora.

El Creador, con toda su sabiduría, no fué tan infalible como nos lo pintan. Ciertamente dió al hombre dos ojos para ver; pero al hacerlo *debió ver* también que en muchas ocasiones nos *vemos* obligados a caminar de espaldas, y entonces... ¡oh!, entonces el Creador no nos resulta tan perfecto como nos lo pintan.

Un jugador de ajedrez es un ser perfectamente idiota. ¿Qué falta hace pasar las horas enteras forzando la inteligencia para mover un peón, si un peón se mueve con una simple cuerda?

El reloj es como el reflejo de nuestra vida. Su tic-tac es nuestro corazón que camina hacia el infinito. A veces, por una ironía del destino, marcha al mismo sitio que nosotros, aunque por sitio diferente. Por ejemplo: cuando vamos de caza; ¿quién niega que en algunos casos el reloj marcha también al Monte?

UN GATO DE LA CORTE.



RECORDANDO, por Picó.

—A este Dady-Doll mío, se le doblan las piernas como a ese.

Chispazos

y yo creo que pa eso no "tié" que subii tan alto.

—Vamos a ver, Agapito: ¿Qué hizo Jesús en el huerto?
—No se... pero me figuro que comerse los cicuelos.

"Pa" tocar a Gloria, sube Perico hasta el campanario

—Mire usted, estas camisetas que llevé para mi esposo nos han dado un resultado más que malo, desastroso. Ahora quiero calzoncillos de clase más superior.
—¡Oh, señora; en calzoncillos estamos mucho mejor!...

QUISICOSAS

—¿Estás malo, Nicanor?
 Te encuentro más demacrado.
 —¡Chico, es que ayer he jugado
 y he perdido hasta el color.

Juega mi esposa conmigo
 y pierde hasta los cabellos;
 juega con algún amigo
 y siempre gana con ellos.

Por jugar Luis con Aurora
 tuvo al altar que llevarla
 y ahora dice que en el juego
 siempre sale la contraria.

Si será buen torero Curro Vargas
 y con la capa hará tales primores
 que la vida se pasa dando largas...
 a sus mil acreedores.

A Felisa le está haciendo
 la corte con gran tesón
 un chico que es encargado
 de un despacho de jabón;
 Pero Felisa muy seria
 con él dice que no casa
 porque a ella los "jaboneros"
 le gustan sólo en la plaza.

—¿Ves ese que va ahí?
 pues quebrando fué un maestro.
 —No. Ha tenido seis comercios.
 —¿Fué banderillero acaso?

Telegrama que el Potitos
 (que toreaba en Chinchón)
 le envía a su apoderado;
 "Orejas cortadas, dos".
 Lo que no dijo, es que fueron
 las de un pobre espectador.

Para usar medias caladas
 debes lavarte los pies
 una vez a la semana

Encarnita es una artista
 que tiene amantes a mil
 aunque dice su maestro
 que jamás ha dado el "Sí".

¿Qué papel le habrá tocado
 al esposo de Luz Vitos
 que ha dicho muy enfadado
 que se encuentra ya cansado
 de hacer ciertos papelitos?

Canta con tanto entusiasmo
 la cupletista Camila
 que levanta al auditorio...
 y se marcha por no oírla.

En la tablilla de ensayos
 del Cine "Ideal Camama";



—Estoy por subir a ver si aprendo algo...

Dib. de Picó.

"En el seno de la muerte",
 ensayo para mañana.
 La que no la toque "El seno"
 puede quedarse en su casa.

Un drama estrenó Agustín
 y ante el pateo sufrido
 exclamó: —¡Vaya, por fin
 estrené un drama de ruido!

A uno que escribe canciones
 cortó un tranvía los pies
 y asegura Luz Quiñones
 que sólo con los muñones
 no podrá escribir cuplés.

Salvador dice muy serio
 que ya no cree en la Ascensión...
 y es porque ya le ha engañado
 siete veces con Simón.

El cesante Luis Peláez
 ser un apóstol quisiera
 tan sólo para poder
 cenar una vez siquiera.

DELFY.



—No la digas na, que es la mujé der maestro.
 —La mujé der maestro? Así se arrima él a los toro, ¡pa
 que le maten!

Dib. de Sanchezváquez.



Club Incórdiez del Casino Primitivo. Manzanares.

REGLAMENTO

(Conclusión.)

ñ) Llevar un libro de caja con las cuentas de la Sociedad, sin enmiendas ni raspaduras, no permitiéndosele que este libro tenga más de seis agujeros por hoja, ni arrancar ninguna de éstas para escribir a la novia.

s) Procurar que no meta duros falsos el tesorero.

Art. 54. El vicepresidente y vicesecretario ayudarán al presidente y secretario respectivamente en el desempeño de sus cargos, y los substituirán por enfermedad, lúes, borracheras y ausencias por más tiempo de doce años y tres días.

PRESIDENCIA HONORARIA

Artículo 99. La Presidencia Honoraria de este Club está vinculada en la persona de INCÓRDIEZ, en cuya cabeza ponen espiritualmente un casto beso todos los socios de esta agrupación a su ingreso en la misma previa una desinfección por el susodicho INCÓRDIEZ de su expresada cabeza con petróleo Gal, vaselina boricada, jabón del Lagarto, papel de lija u otro producto similar.

JUNTA GENERALES

Artículo 6.º Las Juntas generales se convocarán por el presidente, o a solicitud de catorce socios y medio cuando lo estimen necesario.

Art. III. En Junta general se resolverán todas las cuestiones de interés para la Sociedad que no tenga la Directiva atribuciones para resolverlas por sí.

Art. 303. Para tomar acuerdos en Junta general es preciso que acudan a la misma por lo menos las siete cuartas partes de los socios, los que no podrán llevar más que las estipuladas.

COMISIONES

Artículo 16.412 Para todos los casos en que la Directiva lo estime preciso

podrá nombrar una comisión compuesta de cuatro individuos, miembros del Club y que sean de los buenos.

DISPOSICIONES GENERALES

Artículo 20. Este reglamento no tendrá efectos retroactivos, quedando derogadas cuantas disposiciones se opongan al cumplimiento del mismo.

Art. 1.001. El ingreso como socio en el CLUB INCÓRDEZ, supone el conocimiento de este reglamento y la sujeción al cumplimiento de todas sus cláusulas.

Art. 1.927. Este Club no podrá disolverse mientras quede en el Casino Primitivo un cuarto de kilo de alguno de sus socios.

Art. 1.º En caso de disolución de la Sociedad, sus bienes, muebles e inmuebles, se le enviarán a su presidente honorario, INCÓRDEZ, embalados en en una caja de galletas y en conducción ordinaria por carretera.

Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid
Apartado 1.236. Madrid



—¡Ay, me da miedo que irrites a ese ganso; acuérdate de lo que te pasó con aquel otro ganso por irritarle!

Dib. de Picó.



DIBUJO DEL NATURAL. (¡OJALA!)

Dibujo: Santaballa.

Editorial 1927
APARTADO 8.032

Editora de «Cosquillas» y «Biblioteca de Cosquillas». Muy pronto «Frívola» (Revista de belleza) y «La figura del día»

DEL INGENIO AJENO

Malas compañías

Berta Champier, diez y seis años.
Magdalena Saulier, diez y siete años.

I

En casa de los Champier. Son las dos de la tarde. Berta y Magdalena están sentadas solas en un saloncito.

Berta.—No temo declararlo; a quien más quiero de toda mi familia es a mi hermano.

Magdalena.—¿Más que a tus padres?

Berta.—Más. Ya sé que no es esa la regla. Tanto peor.

Magdalena.—¿Te mima?

Berta.—¡Ya lo creo! ¡Y que no ha empezado ayer! Cuando era chiquilla y él no era todavía persona mayor, fué un esclavo perpetuo. Me peinaba, me trenzaba el pelo, llevaba mis paquetes, componía mis muñecas, y cuando jugábamos a riendas era siempre caballo.

Magdalena.—¿Te ha pegado alguna vez?

Berta.—Nunca. Yo sí le he dado algún trompazo.

Magdalena.—¿Y él, lo consiente?

Berta.—Pide que se repita. Pero son trompazos en broma.

Magdalena.—Te envidio. Me hubiera gustado la mar tener un hermanito como el tuyo, porque a veces, es una dulcísima lata eso de hallarse hija única.

Berta.—Díselo a tus autores. Puede que eso dependa de ellos.

Magdalena.—De ellos y de la Providencia.

Berta.—En primer término de ellos. La Providencia, esa está en el foro.

Magdalena.—Sí; pero figúrate que hace quince días, mamá, hablaba de eso con el señor Duplesis, y decía: —Ya no espero otros hijos; mi edad es demasiado tardía.

Berta.—¡Ah! ¿Eso soltaba tu madre? ¡Pues hija, qué le vas a hacer! ¡Despídete de tu sueño dorado!

Magdalena.—Volvamos a tu hermano.

Berta.—Sí. ¿Querrás creer que a veces me pregunta si estoy enamorada de él?

Magdalena.—¡Oh!

Berta.—Con buen fin.

Magdalena.—¡Oh! ¡Berta!

Berta.—Mujer, no me entiendes. Al fin y al cabo, ¿por qué no podría una casarse con su hermano? A un hermano se le conoce. ¡Y qué como-

didades para el amor! Entre todos los muchachos que conozco, no veo marido que me plugiese más que Gustavo.

Magdalena.—Sea. Pero las costumbres lo impiden.

Berta.—Lo sé. Pero es ridículo y tengo empeño en proclamarlo.

Magdalena.—Vaya, que es imposible el antojo. Sin esto, yo, puesta en ese terreno, me casaría con papá al instante.

Berta.—¿Con tu papá?

Magdalena.—Sí, porque me parece maravillosamente distinguido y diez veces más sabroso con sus lindos cabellos grises y su chaleco blanco, que esos golfillos...

Berta.—Espero que no te referirás a Gustavo al hablar de esos golfillos...

Magdalena.—No, no me refiero a él.

Berta.—Muy bien. Adelante. Pero, oye; aunque se aceptase que las hijas se casaran con sus padres, no podrías casarte con el tuyo, porque ya tu madre te ha ganado por la mano.

Magdalena.—Es cierto. Había olvidado a mamá.

Berta.—En fin, dejemos eso. ¿Cómo se encuentra por ahora tu mamá?

Magdalena. Firme como el obelisco.

Berta.—¡Cuán distinta de la mía! La pobrecita está siempre enferma. Se ve obligada a guardar cama con jaquecas que le hienden la cabeza.

Magdalena.—Y, ¿a qué tratamiento la someten?

Berta.—Se la deja sola.

Magdalena.—¿Y, eso la cura?



Uno.—¿Oiga, morena; ¿quiere un filete?

Ella.—¡Cuidao no les de yo una chuleta.

Dib. de Bellón.

Berta.—No; pero pasa el tiempo.

Magdalena.—Pues entonces, ¿quién te saca a pasear? ¿Tu padre?

Berta.—¡Oh, no! Está demasiado ocupado.

Magdalena.—¿Gustavo, entonces?

Berta.—Exacto. ¡Y si supieras lo que nos divertimos! Figúrate que enarbola cada cual sus ropitas más despampanantes como para una misa de casamiento y luego nos marchamos solitos como personas normales.

Magdalena.—¿A dónde vais?

Berta.—Pues directamente a donde nos da la gana. Claro que nos recomiendo que demos la preferencia a los jardines, a las Tullerías, a los Campos Elíseos; pero no se encaminan allí las suelas de los zapatos. ¡Los jardines! Eso para los bebés. Vamos por las calles, por los boulevares. ¡Oh, los boulevares!...

Magdalena.—¿Te gustan?

Berta.—¡Me arrebatan! ¡Figúrate tú, las tiendas! ¡Nos detenemos en todas, especialmente en las joyerías! Es inaudito el número de collares, anillos y chucherías de diamantes que para mis adornos escojo. Y Gustavo me paga todo lo que me apetece.

Magdalena.—¿También para sus adentros?

Berta.—¡Cómo ha de ser! ¡Papá le tiene asegurado cincuenta francos al mes! Ya comprenderás que con una moneda de cincuenta francos no se da forma sensible a los ensueños de una muchacha.

Magdalena.—Lo sospechaba.

Berta.—Vamos al Hotel Dronot, a las salas de despacho de periódicos donde uno se entera de las actualidades y luego a los pasajes donde hay tiendas con fotografías de actrices, ¿creerás que se hacen retratar en camisa, amiguita?

Magdalena.—¡Ah!

Berta.—¡Y qué bonitas camisas! Nuestras madres no tienen ropa interior que se le parezca.

Magdalena.—¿Y qué más? ¿Qué más hacéis de pasea, Gustavo y tú?

Berta.—Pues mira: ¿qué vamos a hacer? Papamos moscas. Reímos mucho. Me da el brazo para atravesar la calle. Cuando vamos lejos, tomamos un coche descubierto; porque a veces, nos lanzamos hacia los barrios excéntricos, al lado del Templo o de Montmartre. La semana pasada en el boulevard de Batignoles, vimos de cerca a unos *sonteneurs* (1).

Magdalena.—¿Qué es eso? ¿Hombrer horribles?

Berta.—No. Dos individuos que es-

(1) Rufianes. Conservamos la palabra para justificar las frases siguientes.

taban charlando en zapatillas, con corbata color cereza y lindos bigotitos de ébano. Yo fui quien reparó en ellos. Pregunté, por intuición a Gustavo si tales sujetos eran lo que se llama *souteneurs*.

Magdalena.—¿Qué te respondió?

Berta.—Se echó a reír. Y luego me dijo: —Sí, pero no hay que pronunciar jamás ese nombre en la salita de confianza; se helaría el mismo termómetro.

Magdalena.—Pero, veamos; ¿qué gentes son esas?

Berta.—Una corporación. Gentes que se sostienen unos a otros. La palabra lo dice.

Magdalena.—¡Magnífico! ¡Veo que no os aburrís en vuestros paseos!

Berta.—Cuando sentimos fatiga, entramos en un cafetúcho y bebemos. Yo tomo siempre una menta aguda, verde. Lo hago por el calor. Gustavo no sale ni a tres tirones de su cerveza; bebería boks y boks sin detenerse durante horas enteras. Y luego pedimos los periódicos ilustrados, que penden de gruesos palos. Gustavo mira para sí la *Vida Parisiën*, y si no está demasiado picante, me la entrega.

Magdalena.—¿No contareis luego en vuestra casa todo eso!

Berta.—Sí; pero a ojo de cubero: prescindimos de los detalles. Bueno, debo dejarte para ir a vestirme, porque precisamente vamos a salir pronto Gustavo y yo.

Magdalena.—¿Teneis algún proyecto especial?

Berta.—Sí. El *Moulin de la Galette*. Parece que allí existe un baile desparpajante.

Magdalena.—¿Y si por casualidad os viere algún conocido en aquellos barrios?

Berta.—¡Muy sencillo! Diríamos que subimos al Sagrado Corazón. Está a dos pasos. Adiós, encanto.

Magdalena.—Hasta luego, querida. (Besa a Berta y sale.)

II

Tres días más tarde en el cuarto de la señora Champier. El señor Champier enseña a su esposa, que está en la cama, una carta que desdobra con suma gravedad.

La Sra. Champier.—Vienes demudado.

El Sr. Champier.—Oye y juzga. He aquí lo que me escribe el señor Chateugnier, el que da repasos de Derecho a Gustavo:

Muy señor mío:

“Escúcheme: vengo a perturbar su sosiego; pero soy padre y escribo a un padre. El jueves último, había acompañado a la señora Chateugnier al Sagrado Corazón, que hacía tiempo deseaba visitar y bajaba profundamente conmovido por el espectáculo del imponente edificio, cuando distinguí a la entrada de un baile de mala reputación, tristemente célebre, al propio don Gustavo, que no estaba solo. Daba el brazo a una de esas innumerables chiquillas que pululan por aquellos barrios; no cabe la menor duda sobre su naturaleza. Aunque convenga tratar con indulgencia los extravíos de la mocedad, he creído no obstante que tenía el deber de enterarle de lo ocurrido, singularmente teniendo en cuenta que don Gustavo ha sido ya suspendido dos veces en su examen preparatorio, cosa que jamás ocurre a los estudiantes que preparo.

Le reitero, apreciable señor, la expresión de mi más sincero respeto.

Raul Chateugnier, doctor en Derecho.”

La Sra. Champier.—No entiendo una jota. ¿Quién podrá ser esa mujer?

El Sr. Champier.—Pero, amor mío; es su hermana.

La Sra. Champier.—¿Berta!

El Sr. Champier.—¡Sin duda! Esto ocurrió el día que salieron juntos diciendo que iban al Sagrado Corazón.

La Sra. Champier.—¿Y Gustavo lleva a su hermana a?...

El Sr. Champier.—¡Al *Moulin de*

la Galette! ¡Ni más ni menos! Es su hermana, nuestra hija Berta, esa niña a quien Chateugnier ha tomado por una mozuela de arrabal.

La Sra. Champier.—¡Estoy estupefacta!... Estoy... Si ya no puede confiarse una hermana a un hermano...

El Sr. Champier.—¡Bien lo ves, pobrecita mía, ya no se puede! Ha llegado el momento de separarlos, porque, ¿entiendes?, se comprometen y se dañan uno a otro... Gustavo—a los ojos de quien sólo le conoce a él—parece estar con una...

La Sra. Champier.—¡Ah! ¡Cállate!... Me contrarías.

El Sr. Champier.—Y Berta—a los ojos de quien no conoce a Gustavo—parece que se distraiga con algo muy distinto a su hermano... ¡Ah, el estilo y los andares de la juventud son linda cosa en los tiempos que corremos!... A mí, en los días de antaño, se me hubiera podido encontrar con mi hermana; ¡se nos hubiera conocido a la legua el parentesco!... ¡No cabía error!... Pero, ahora... ¡es un encanto, Señor; es un encanto!...

HENRI LAVEDÁN.

PRONTO
FRIVOLA

La gran revista de belleza

Apartado 8.032

No dejen ustedes
de asistir al TEA-
TRO MARTIN,
para regocijarse
de una manera
desbordada,
viendo

LOS CUERNOS
DEL DIABLO

El éxito de la tem-
porada teatral.



—¿Por qué has vendido la pianola, papá?

—Porque la criada no hacía más que tocarla cuando estaba durmiendo.

Dib. de Sánchez Vázquez.

Escala primaveral

Atacado seriamente,
 porque así el Amor lo quiso,
 el inflamable Narciso,
 cierta mañana esplendente
 de abril, se sintió prendado
 de una muñeca preciosa;
 lindo capullo cerrado,
 cuyo nombre era el de Rosa;
 y él, que era ardiente de suyo,
 se dijo para su sayo:

—De este precioso capullo
 no voy a dejar ni el tallo.

Después, ¡oh, suerte triunfal,
 que era para él infinita!,
 conoció una Margarita;
 bella flor para su ojal,
 de blanda pasta amorosa
 y mirar que era un desmayo...,
 tanto, que llegado Mayo,
 la amó lo mismo que a Rosa...

Pero, ¡lo que es el destino!
 Una Hortensia peregrina,
 de esencia pura y divina,
 se interpuso en su camino,
 y en terrible confusión
 de tal escala amorosa,
 como a Margarita y Rosa,

a Hortensia dió el corazón.
 Y, lo que era natural:
 tanta profusión de flores
 empachándole de amores,
 trajo el hastío fatal...

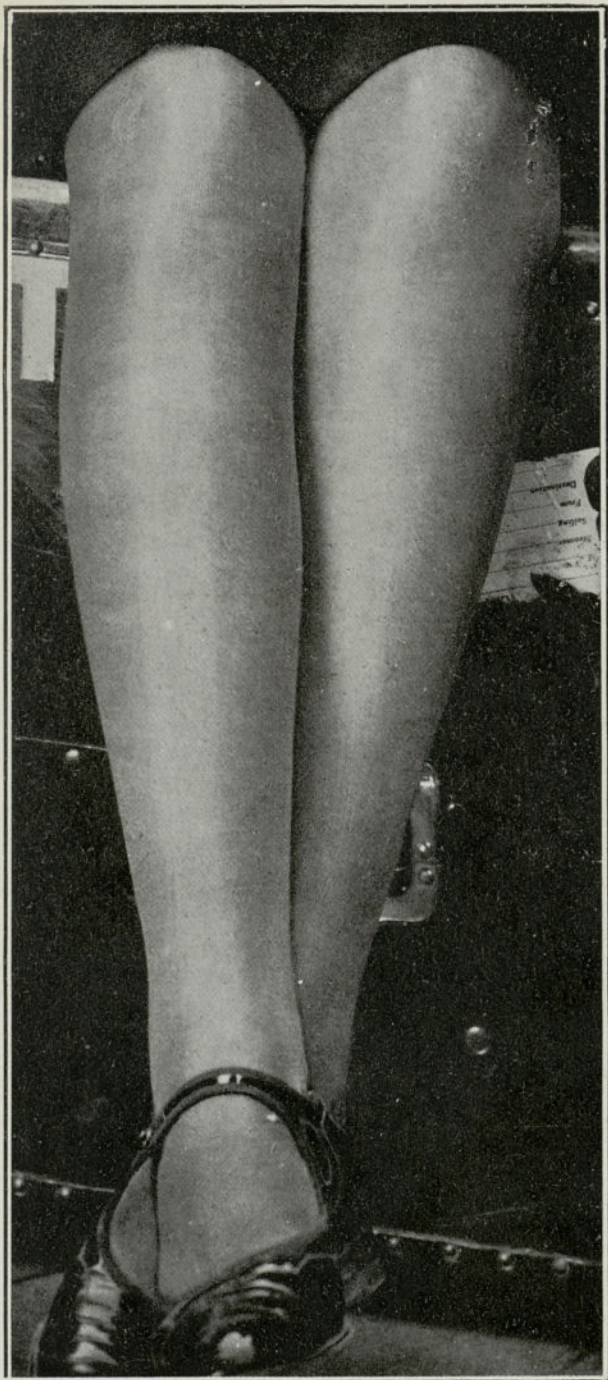
Mas, como la suerte impía
 persigue al hombre hasta el fin,
 aunque el amor de jardín
 dar al olvido quería
 de un modo firme y sucinto
 no 'le fué dado lograr,
 y hoy se ha vuelto a enamorar...
 ¿De qué flor?... Pues... ¡de un Jacinto!

FIDEL PRADO.

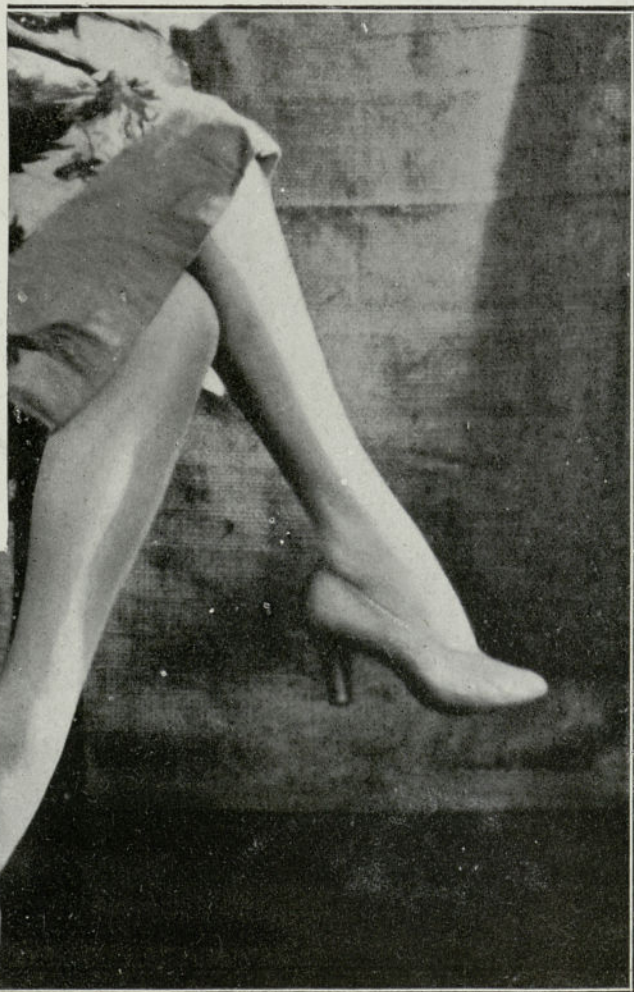


Ella.—Dice el ama que no vi a sabel. ¡Ya sabes tú que me doy buena maña!

Dib. de Bellón.



CONCURSO DE PIERNAS,
PRIMERAS ZONAS DEL
MUSLO Y PINRELES



Compren a toda me-
cha el primer núme-
ro de la *Biblioteca*
de Cosquillas, que
contiene los mejores
consejos de Díaz-
Antón. 30 céntimos.
Apartado de Correos
3.032.

LEA USTED

La Novela Jamón

(NÚMERO ÚNICO)



30 céntimos

Vale un millón



CONCURSO DE PIERNAS, PRIMERAS
ZONAS DEL MUSLO Y PINRELES



En el próximo número, daremos numerosas
fotos de las piernas de nuestra amiga "Alma
que sueña".